

Capítulo 2

Tareas, habilidades técnicas y herramientas

Creando ambientes con el hacha

Pablo Concha Merlo

A mediados de 2015 mientras realizaba un trabajo de campo en El Melero, ocurrió un asesinato en uno de los parajes vecinos.¹ Un hombre atacó con una escopeta a dos jóvenes que se encontraban monte adentro extrayendo madera de quebracho, quienes al oír los disparos al aire atinaron a defenderse utilizando lo que hasta un segundo atrás venían fungiendo como herramienta de trabajo, sus respectivas hachas.

Dejando de lado el aspecto de las disputas vecinales, enfoquémonos en el hecho de que las hachas pueden devenir como medio de defensa, en un instante, a partir de la transformación abrupta del contexto en el cual se encontraban situados los hacheros, cuando hacía segundos eran herramientas de trabajo. Fue esta abrupta transformación en una situación atípica la que me llevó a preguntarme sobre cómo artefactos o herramientas materiales —en principio

1 El trabajo de campo fue realizado en el contexto de una investigación que tuvo como corolario la producción de mi tesis doctoral. En dicha tesis desarrollo las relaciones entre identidad y modos de habitar el ambiente en los departamentos Copo y Alberdi, ubicados en el noreste de la provincia de Santiago del Estero, Argentina.

idénticas a sí mismas en cuanto a los rasgos que la caracterizan— pueden ser definidas de distintos modos posibles en referencia a transformaciones en el campo de las relaciones que atraviesan o configuran determinadas situaciones durante el curso de los quehaceres cotidianos.

Esta distinción tajante entre arma y herramienta contenidas en un mismo objeto me permitió atisbar también que el hacha, como un utensilio de trabajo, aglutinaba múltiples posibilidades de apropiación, ocupando el lugar de un nodo en distintas redes posibles de acción en virtud de las *tareas* (Ingold, 2000) ante las cuales las personas se enfrentan en su quehacer cotidiano. En resumidas cuentas, el problema de este artículo es básicamente la definición situacional del hacha en virtud de las múltiples tareas en las cuales es posible usarla, no ya como arma sino como herramienta.

Ahora bien, las múltiples tareas posibles se encuentran subordinadas a grupos que llevan a cabo tareas con hacha de modo colectivo en lo que Wegner (2001) describe como *comunidades de práctica*. Por dicho motivo, abordaré puntualmente estas posibilidades de apropiación en relación al trabajo desarrollado por miembros masculinos de una familia en particular que vive en el departamento Alberdi, en el extremo norte del Chaco santiagueño (Bilbao, 1964). Para preservar el anonimato de mis interlocutores, los denominaré familia Sánchez.

La mayoría de los varones que habitan los montes santiagueños podrían ser identificados como hacheros, debido a que subsisten principalmente de la elaboración manual de artefactos construidos en base a madera de quebracho extraída del monte y trabajada artesanalmente por medio del hacha, ya sea que se trabaje de modo familiar en el bosque propio o para un tercero junto a una cuadrilla de trabajadores que perciben una retribución a destajo. Sin

embargo, la familia a la que haré referencia en este ensayo etnográfico presenta una formación social menos frecuente y representa un escalafón más alto en la jerarquía de clases del mundo montaraz comúnmente autopercebido como “criollo”. Se trata de una familia clasificada y autoidentificada como “puestera” en virtud de que la principal actividad en términos de ingresos económicos es la cría de “ganado mayor” (bovinos), pero que incluye también otras actividades reproductivas como cría de “ganado menor” (porcino y caprino), agricultura a pequeña escala, marisca² y elaboración de “postes” de quebracho por parte de algunos de sus integrantes.

Como ensayo etnográfico, este artículo intenta describir y analizar los posibles usos que adquiere el hacha en esta formación social puestera. Destaco la importancia del hacha en la vida local pero me aboco específicamente a poner de relieve como la práctica del hacha aparece aquí en una intersección marcada por su apropiación para la creación de artefactos de contención para la cría de ganado (corrales, potreros, etcétera) y de un tipo de producto particular como es el “poste”.³ Para entender las prácticas que involucran el hacha me remito al trabajo de Tim Ingold y sus indagaciones respecto a tareas en las cuales se articulan habilidades técnicas, herramientas y materiales de trabajo, componiendo sistemas móviles en base a distintos proyectos. En el primer apartado comienzo por explicar algunos de estos conceptos.

2 Caza y recolección.

3 El “poste” es una columna de quebracho colorado extraída y elaborada artesanalmente mediante la utilización de hacha y motosierra. Es utilizado para la construcción de alambrados que cierran el perímetro de los campos en el mundo agrario, debido a que la madera del quebracho puede ser colocada bajo tierra o permanecer a la intemperie sin degradarse.

1. Tareas, habilidades técnicas y herramientas en la perspectiva de Ingold

En su libro *The perception of the environment* (2000), Ingold propone una crítica al constructivismo cultural, especialmente a la idea de que los sujetos provenientes de determinados grupos culturalmente definidos poseen sistemas simbólicos diversos, con los cuales procesan mentalmente datos provenientes de una única naturaleza idéntica a sí misma e inmutable. Esta lógica presupone la construcción de representaciones mentales internas de los sujetos, las cuales se diferencian de la realidad existente con independencia de quienes conocen el mundo.

Si este modo de entender la cognición humana se apoya sobre la distinción entre cultura y naturaleza, señala Ingold (2000), es necesario reformularla en sus bases para plantear la cuestión en términos de implicación entre corporalidades vivas y ambientes. El error del constructivismo radica en codificar la distinción entre cultura y naturaleza a partir de oposiciones como interior/exterior y mente/realidad. Por ende, reproduce la clásica separación entre sujeto/objeto en cuestiones referidas al conocimiento. Como contraejemplo de este enfoque el autor cita el clásico ejemplo de Bateson respecto a un no vidente que transita por su ambiente guiándose de un bastón con el cual accede a las características de la superficie. En este caso, determinar dónde comienza y termina lo externo y lo interno en el acto de conocer se torna algo evidentemente imposible, dado que para el cuerpo el bastón desaparece al incorporarse como extensión de sí mismo, mientras que la superficie solo es conocida en la medida en que el sujeto aprende a mover el bastón contra el suelo a fin de leer relieves y accidentes. En definitiva, se trata de un solo sistema que no tiene

sentido escindir sino que se torna necesario explicarlo en sus múltiples interacciones.

La corporalidad viva, por el contrario, se encuentra implicada al ambiente de un modo constitutivo, en el doble sentido de que los cuerpos vivos conforman cualquier ambiente dinámico históricamente configurado, pero también de que no existe subjetividad corporal sin un ambiente en cuya implicación histórica haya desarrollado determinadas habilidades práctico-perceptuales que ese sujeto comparte con los otros actores de este mundo. De lo anterior deriva que para Ingold (2000), aquello que llamamos “variación cultural” son en realidad diferencias en términos de habilidades práctico-perceptuales situadas en un ambiente históricamente producido y en proceso de devenir.

No es que se configuren representaciones mentales sobre una realidad inmutable (como sostienen algunas versiones del constructivismo), sino que los cuerpos se involucran práctico-perceptualmente en un ambiente de modo que las distinciones entre adentro y afuera se difuminan, por lo cual un cuerpo vivo y ambiente no son entidades discretas sino que la corporalidad humana es un nodo, un locus de agencias en un campo de relaciones entre humanos y no humanos que, en conjunto, configuran el ambiente. Esta perspectiva centrada en la implicación y habilidades corporales supone un cambio de paradigma del conocimiento en antropología social desde el constructivismo hacia la *perspectiva del habitar* (Ingold, 2000), en la cual los actores se encuentren situados desde el comienzo en el contexto de un compromiso activo y afectivo (una ecología sintiente, según Ingold) con los constituyentes de su alrededor.

Desde este enfoque no cabe la separación entre sujeto/objeto. En cambio, Ingold (2000) opone a la representación de la naturaleza el ambiente vivido y

experimentado de modo inmanente, desde dentro, un campo de relaciones entre humanos y no humanos que se transforma a lo largo de procesos. Es por ello que sostiene que *las tareas son actos constitutivos del habitar* (2000; p. 95), entendiendo por “tarea” una operación práctica llevada a cabo por un agente habilidoso en un medio ambiente, como parte de su ocupación habitual (Ingold, 2000: 195)

Según el autor cada tarea extrae su significado a partir de su posición dentro de un ensamble de tareas, llevadas a cabo en serie y en paralelo, y usualmente por muchas personas trabajando en conjunto (Ingold, 2000).

Para poder articular los conceptos provistos por Ingold (2000) de modo que permitan entender los modos de habitar el ambiente es necesario centrarse en las tareas desarrolladas por los actores en el curso de su quehacer cotidiano. En primer lugar, las tareas acontecen en ambientes constituidos por agentes que han desarrollado determinadas habilidades técnicas, artefactos que fungen como herramientas y finalmente materiales. Pero además de esto, las tareas particulares siempre están en referencia a un conjunto más amplio de tareas en las que se encuentran involucradas comunidades de práctica más amplias.

En el caso que trabajaremos a continuación, veremos como en la tarea puntual de crear un artefacto de contención como un corral convergen distintos procesos. En primer lugar, el desarrollo de habilidades técnicas del hacha articuladas en relación a un tipo puntual de herramienta que nos remite, a su vez, al proceso específico de expansión obrajera desde principio de siglo en la zona de estudio. En segundo lugar, veremos cómo esta técnica elaborada en el contexto del obraje sirve no sólo para la elaboración

familiar de los mismos productos que otrora se realizaban en el contexto de establecimientos obrajeros, sino también para tareas que no son meramente extractivas sino de generación de ambientes para el ejercicio de la cría en las formaciones puesteras contemporáneas.

2. Tareas, ámbitos y ciclos del calendario en una familia puestera

Como ya he mencionado, en la familia Sánchez predomina la cría de hacienda⁴ como principal actividad de subsistencia, demandando a los varones de la casa la mayor atención en lo cotidiano. Esto genera que las tareas y el calendario del quehacer masculino este anudado a los ciclos anuales de los bovinos. En el Chaco santiagueño, el ciclo húmedo comienza aproximadamente en diciembre y suele extenderse hasta abril. En dicho lapso, la “hacienda” permanece dispersada en amplios radios de distancia en torno al rancho. Monte adentro, el ganado bovino circula en distintos grupos aprovechando el exceso de alimento del periodo húmedo, y alterna entre las lagunas diseminadas por el bosque sin necesidad de retornar a las aguadas controladas por los humanos, ubicadas generalmente en las proximidades del rancho. Luego de abril, entrada la estación “seca”, retornan (“bajan”) hacia las aguadas en las que fueron criados durante los primeros años de vida. En ese momento comienza una interacción más intensa y de contacto entre puesteros y hacienda a través de prácticas sanitarias, el ritual de la yerra,⁵ etcétera.

4 “Hacienda” en la perspectiva local no refiere a una finca sino al conjunto de los animales vacunos.

5 Ritual en el cuál vecinos de un paraje o familiares se reúnen en el puesto de las familias más pudientes a fin de colaborar en la faena de marcar y capar bovinos.

Cuando arribé al puesto⁶ por primera vez, en mayo del 2014, los Sánchez se encontraban en vísperas de la época seca, la cual venía postergándose por la atípica extensión del ciclo lluvioso en la región. Por un lado, la prolongación del ciclo húmedo generaba muchísimas expectativas y buenos augurios. Presentían que de un momento a otro las lluvias cesarían iniciándose así el ciclo seco, lo que finalmente los habilitaría para abocarse a lo que realmente les interesaba, las tareas de cría de ganado mayor. También suponían que la hacienda bajaría más gorda de lo habitual, lo que efectivamente sucedió aquel año, debido a que el clima había sido propicio para la alimentación “a monte” de los animales. En este contexto, los comentarios respecto al inminente cambio de estación eran recurrentes y generalmente estaban vinculados a pistas que el medioambiente les revelaba, como por ejemplo la aparición de algún animal específico en el camino, como la yarárá, que es signo de cambio de estación o el canto de un pájaro particular vaticinando una última gran tormenta. El optimismo imperante, sin embargo, no terminaba por mitigar la impaciencia por pasar a lo que realmente le importaba a don Carlos⁷ y a la familia en general: el cuidado de la hacienda.

En los momentos del año que la hacienda se encuentra en el monte, las actividades realizadas cotidianamente por la familia Sánchez se diversifican. Las actividades ocurren en dos ámbitos de articulación —colectivo e individual— que las interrelacionan. Por un lado, como el trabajo familiar se articula alrededor de la cría de animales, cuando las vacas se encuentran monte adentro, el trabajo colectivo se basa en la construcción o el mantenimiento de artefactos para la contención animal: corrales,

6 Forma general en que los locales refieren al espacio en el que viven y crían sus animales.

7 Los nombres utilizados son ficticios.

potreros, chiqueros, y otros artefactos usados en el intercambio con los animales domésticos. Dichas actividades familiares suelen ser dirigidas por don Carlos, padre de Raúl, Pablo y Alcides, los otros miembros de esta *comunidad de práctica*. Raúl y Pablo, por su parte, en el tiempo que no trabajan de modo familiar bajo las órdenes de don Carlos, se asocian para elaborar productos obtenidos de la madera, principalmente “postes” o “leña campana”.⁸ Todas estas actividades tienen algo en común y es que implican la utilización del hacha para intervenir sobre constituyentes vegetales del medioambiente.

3. Construir artefactos de contención para la cría: del corral de los cerdos a las aguadas

En el tiempo de trabajo familiar o colectivo, lo común era que aprovechen el breve lapso en que el laboreo con la hacienda está suspendido, para realizar otras tareas que Raúl describió como “acondicionarle el lugar para la hacienda”, y que consiste en arreglar y reemplazar piezas rotas, agregar nuevos potreros, corrales, chiqueros; las que se constituyen como las principales tareas para el grupo familiar entre diciembre y abril. Tanto don Carlos como la mayoría de sus hijos percibían estas actividades como extenuantes y profundamente tediosas. A continuación narraremos una de estas tareas que fue muy importante durante mi trabajo

8 Los tres hijos de don Carlos se repartían entre la casa de los padres y sus propios ranchos, ubicados a poca distancia. Alcides había construido un rancho a unos treinta metros, donde convivía con su pareja y su hija de tres años. A pesar de que Raúl y Pablo tenían sus propias familias (el primero con dos hijos en Buenos Aires y el segundo con su pareja y una niña recién nacida), ambos estaban establecidos en el rancho de sus progenitores y trabajaban subordinados a su padre en las actividades relacionadas al cuidado de la hacienda, una responsabilidad que cada uno de los hijos varones realizaba con mayor o menor agrado pero muy pocas veces evadían.

de campo, dado que a través de ella fue abriéndose mi comprensión respecto al uso del hacha.

Un día, durante el curso de la mañana, don Carlos se acercó con una pala y un machete en sus manos pidiéndome que lo acompañara, sin explicarme hacia dónde nos dirigiáramos. Simplemente lo seguí sin interrogarlo al respecto. Caminamos veinte metros desde la cocina del rancho en dirección Este y levantamos los troncos de la tranquera que permite el acceso al “cerco”, el espacio donde la familia desarrolla sus actividades de agricultura. Más allá de este perímetro difuso en sus límites se yergue un monte denso, que adquiere espesor y despunta progresivamente hasta contrastar tajantemente en el horizonte con el paisaje bajo de los cultivos. Una vez que ingresamos al cerco caminamos otros treinta metros en diagonal Sudeste, y pude divisar un viejo “chiquero” destinado a albergar cerdos. La familia incorporó ganado porcino en los últimos años para consumo propio, es así que existen cuatro pequeños “chiqueros” diseminados en distintos puntos del puesto.

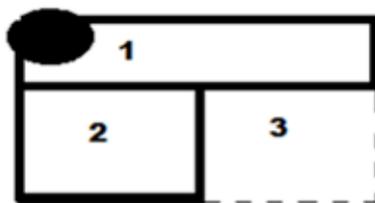


Imagen núm. 1

El chiquero (Imagen núm. 1) estaba íntegramente ensamblado con troncos y alambres que lo sujetaban y éste, en particular, tenía además una característica llamativa: en una de sus esquinas, en lugar de troncos, había un árbol vivo

que además de proveer apoyo como parte del artefacto de contención, proporcionaba sombra y, según Rubén, mantenía el suelo a menores temperaturas por la humedad de las raíces. El artefacto de contención estaba conformado por dos compartimentos contiguos, como si uno hubiera sido elaborado primero y el segundo fuera parasitario del primero, aprovechando uno de sus laterales para evitar construir una cuarta pared. El primero en ser construido tenía aproximadamente dos metros de ancho por seis de largo. El segundo mantenía el mismo ancho, mientras que su largo era de unos tres metros. Para elaborar este último, habían aprovechado uno de los laterales largos de seis metros utilizando solamente la mitad. De este modo, la construcción mantenía la forma de una “L” en la que se podía proyectar la posibilidad de elaboración de un tercer compartimento, anexando tan solo dos laterales adicionales de dos metros de ancho y tres de largo respectivamente. En relación a esto último se trataba la tarea que me proponía don Carlos: construir un tercer compartimento en esa superficie pudiendo aprovechar dos laterales existentes para su realización.

Don Carlos tomó la pala y comenzó a desmalezar la superficie cortando los yuyos desde las raíces y arrojándolas hacia los costados, luego comencé a contribuir con el machete mientras él me indicaba como realizar el corte. Mientras realizábamos aquella tarea, Rubén y Pablo arribaban al interior del cerco con la zorra⁹ cargada de troncos y los depositaban a unos veinte metros del chiquero. Inmediatamente, luego de que cada grupo concluyera con su respectiva tarea, se aproximaron los niños de la familia para avisarnos que el almuerzo estaba listo.

9 Carreta de madera de dos ruedas, tirada generalmente por uno o más burros, utilizada normalmente para transportar materiales pesados.

Mientras volvíamos al rancho, don Carlos me explicó que desde algunos días atrás un enorme cerdo merodeaba entre cuatro hectáreas de “chacra” (maíz criollo) que todavía no habían sido cosechadas. El “cuchi” desbastaba a su paso, además, una serie de cultivos como anco,¹⁰ sandía, melones y sobre todo sorgo y maíz que la familia no había recogido en su totalidad, teniendo como tarea pendiente hacerlo en un tiempo no muy lejano, cuando pudieran reunir la ayuda de todos los miembros del grupo familiar. Sin poder identificar dueño alguno entre los vecinos y luego de consultar a todos ellos, concluyeron que lo más apropiado sería capturarlo y retenerlo. Para ello, previamente era necesario construir un compartimento nuevo dentro del corral donde alojarlo, debido a que al ser macho, el “cuchi” podía entrar en conflicto con los otros cerdos del corral de la familia. Este era el proyecto que animaba una serie de tareas que en un primer momento me aparecían como fragmentarias.

Luego de la siesta, retomamos la actividad cavando pozos de medio metro de profundidad donde irían enterradas las columnas del nuevo compartimento y, por último, acarreamos los pesados troncos algunos metros hasta el chiquero. En los cuatro hoyos que cavamos con don Carlos colocamos “postes” (Imagen núm. 2) de quebracho colorado de 2,20 metros de largo.

10 Especie *Cucurbita moschata*. También conocido como “zapallo coreano”.



Imagen núm. 2

¿Qué es un “poste”? ¿Cómo se lo produce y en qué historia se inscribe su producción? El “poste” es un artefacto de madera producido artesanalmente por los campesinos locales, desde hace generaciones utilizando hacha y actualmente con motosierra: se trata de troncos cilíndricos cuyo largo puede variar entre 2,20 a 4 metros. Su uso concreto depende del contexto, como veremos a continuación, pero generalmente son comercializados como columnas que sirven para montar otros artefactos más complejos como son los alambrados de los campos. Los “postes” de quebracho Colorado son especialmente demandados desde la región pampeana porque pueden permanecer por largos periodos de tiempo estando enterrados sin descomponerse, a diferencia de lo que sucede con la gran mayoría de las maderas.

¿De dónde provenían estos “postes” que cargaban Raúl y Pablo? En las ventas de hacienda realizadas por la familia,

don Carlos recaudaba mucho más que el resto de sus hijos debido a que la mayoría de la hacienda de la familia que se colocaba en el mercado era de su propiedad y de su esposa, de donde salía el dinero con el que se compraba mercadería e insumos para todo el resto de la familia. Pero además, los más jóvenes preferían dejar crecer la hacienda propia reteniendo la mayor cantidad de vientres cada año, comercializando solo terneros o novillos (los machos). Para solventar los gastos propios, Raúl y Pablo complementaban los ingresos de la ganadería produciendo “postes” y “leña campana”,¹¹ no así carbón dado que lo consideraban una actividad demasiado destructiva.

A unos cincuenta metros en dirección oeste del rancho, habían dispuesto un lugar donde Rubén y Pablo trabajaban con el hacha y acumulaban “postes” de distintas longitudes, desde allí habían traído esos “postes” grises, gastados por la lluvia, que servirían de columnas al nuevo chiquero. Ahora bien, estos “postes” utilizados para el corral constituían remanentes malogrados que no habían conseguido comercializar porque no cumplían los estándares demandados por un mercado muy exigente, no sólo en la calidad de la madera sino también en la estética del producto: cuando pude ir a su lugar de trabajo observé que acumulaban una buena cantidad de estos “postes” seleccionados en un rincón. Rubén y Pablo me explicaron algunas de las fallas que tenían: uno de ellos había sido mal cortado, pero el resto había sido atacado por unos pequeños insectos a los que Rubén en su estadía de tres años en el Colegio Lasallano de Campo Gallo había aprendido a llamar “carcomas”, los cuales dejaban en la madera unos huecos muy particulares y terminaban pudriéndola en menor tiempo.

11 “Leña campana” es el nombre de los troncos secos que caen naturalmente de los árboles. Suelen ser recolectados y vendidos por toneladas.

De retorno a la tarea de construir un nuevo compartimento para encerrar al cerdo, es necesario advertir que los “postes” de quebrachos fueron usados para la elaboración de las columnas que conforman el chiquero. Como señala Tim Ingold (2000), cuando los ambientes son habitados no son solo los seres vivos los que crecen, sino que también se desarrollan artefactos que estos van elaborando a partir de los intercambios vitales. El nuevo chiquero era en realidad una anexión a otros dos compartimentos que también habían sido construidos y ensamblados en distintitos momentos. Por dicho motivo, tan sólo debía construirse dos laterales, uno de dos metros y otro de tres, aproximadamente, a fin de completar un tercer compartimento.



Imagen núm. 3 Tipo corral

A lo largo de mi trabajo de campo pude reconstruir que existen al menos tres tipos de artefactos (Imágenes núm. 3, núm. 4 y núm. 5) construidos con maderas para evitar el paso de los animales que circulan libremente, o que sirven de contención para los animales criados allí mismo. De todos ellos, el tipo “corral” (Imagen núm. 3) con el que se elaboran los chiqueros suele ser el que más perdura en el tiempo y opone mayor resistencia a estos animales medianos, pero contumaces, que son los “cuchis”.



Imagen núm. 4 Tipo potrero



Imagen núm. 5 Enramados

Cuando los Sánchez construían corrales de este estilo, usados como chiqueros, las columnas de quebracho colorado podían ser elaboradas de dos formas según su disposición dentro de la estructura de contención. Cuando se trataba de columnas esquineras, utilizaban tres “postes” de quebracho colorado. Los tres “postes” eran enterrados verticalmente desde uno de sus extremos, dispuestos de tal forma que forman un triángulo equilátero, donde el espacio entre uno y otro tronco es de unos 15 cm (Imagen núm. 6). Si por el contrario las columnas se ubican en los laterales (Imagen núm. 7), insumen tan sólo dos “postes” de quebracho también de 2,20 metros de largo que se colocan de modo enfrentado uno a otro con una distancia de 15 cm entre cada uno. Entre estos 15 cm irán yuxtapuestos los laterales.



Imagen núm. 6 Columna lateral construida con dos postes de Quebracho colorado



Imagen núm. 7 Columna esquinera construida con tres postes de quebracho colorado. Fotografía correspondiente a la estructura del chiquero ya construido

A diferencia de las columnas, los laterales del chiquero son construidos generalmente con quebracho blanco que, a diferencia del colorado, es de menor solidez y mayor flexibilidad, siendo apropiado para la elaboración de estos laterales (o para muebles). Si bien pueden soportar el rigor climático

a la intemperie no duran demasiado bajo tierra, por eso no suele utilizárselo para la elaboración de “postes”. Existe en estas sutiles diferencias un conocimiento experiencial respecto a la durabilidad de los materiales ante situaciones como la lluvia o el contacto con la humedad de la tierra. Además, las diferencias entre una y otra especie es sentida principalmente cuando en el laboreo hachero la dureza de cada uno muestra su resistencia material.

4. Sinergia entre habilidades técnicas, herramientas y materiales

Cuando fijamos los “postes” de quebracho colorado en sus respectivos lugares, como columnas en las esquinas, descansamos durante un breve lapso antes de pasar a la siguiente tarea, que consistía en colocar los troncos de quebracho blanco en los laterales. Este momento de descanso me permitió detenerme a pensar —liberado por un tiempo de la actividad— cómo la relación con la familia había adquirido las características de lo que Wegner (2001) describe como comunidades de práctica.

Se trata del involucramiento de un conjunto de agentes en la realización de alguna tarea práctica recurrente. Las comunidades de práctica se conforman como relaciones jerarquizadas en virtud de la pericia y la experiencia de los agentes comprometidos en el quehacer. Los varones de la familia Sánchez constituían una comunidad de práctica bastante consolidada: don Carlos tomaba la iniciativa marcando las tareas que debían hacerse y cuál era el modo correcto, mientras que sus hijos acataban indicaciones generalmente, aunque esporádicamente intercambiaban puntos de vista e incluso discutían sobre lo que consideraban conveniente. Más allá de reconocer los conocimientos de su

padre, Rubén y Pablo disponían de habilidades técnicas necesarias para llevar a cabo las actividades por su propia cuenta.

El colaborar con el régimen familiar de trabajo me permitió pasar a integrar la comunidad de práctica, insertándome en tareas periféricas que requerían habilidades fácilmente asequibles, que no implican técnicas complejas al menos para esta tarea: utilizar una pala para cavar o desmalezar, o realizar otras actividades simples como cargar troncos. Siempre supervisado por don Carlos, fui siguiendo sus pasos e indicaciones cuidadosamente, atendiendo a las correcciones y aprendiendo sobre el modo de construir un corral con distintos insumos del monte. Esta modalidad de trabajo en lo que refiere al abordaje etnográfico de conocimiento práctico no es novedosa. Además de los trabajos contenidos en Coy (1989) y de Lave (2011), Sautchuk (2007) la utilizó para abordar la incorporación de las jóvenes generaciones a la pesca artesanal en lagunas y embarcaciones en el frente marítimo en Brasil. Sautchuk (2007) denominó a esta aproximación *participación observante* (2007: 22) a fin de enfatizar cómo, en el marco más amplio de la observación participante de la tradición antropológica, es posible exponer la corporalidad del antropólogo a las prácticas que implican habilidades y relaciones con el medioambiente, permitiendo que el involucramiento en tareas transforme los modos de percibir del etnógrafo. Es la articulación entre esta implicación corporal y las narrativas provistas por los actantes lo que permite comprender más profundamente la realidad local.

Entre los troncos que habían traído Rubén y Pablo para la construcción del chiquero podían distinguirse, por un lado, los “postes” malogrados que habíamos utilizado para armar las columnas en el artefacto en construcción. Los otros eran troncos de quebracho blanco todavía con la corteza adherida, que habían estado secándose desde dos semanas atrás. A estos

últimos había que darles forma de modo que pudieran yuxtaponerse entre los troncos que formaban las columnas, para lo cual era necesario trabajarlos mediante el uso del hacha, de manera que se ensamblaran correctamente entre las columnas de quebracho colorado, fungiendo como laterales del chiquero.

Rubén y Pablo tomaron la iniciativa de dar forma a los troncos, luego se sumó don Carlos, cada uno de ellos con su propia hacha, y en pocos minutos me vi relegado de la tarea. En las posteriores incursiones fui desarrollando algunas de estas habilidades técnicas, pero el rigor del hacha al chocar contra materiales tan rígidos como el quebracho colorado me extenuaba rápidamente, algo habitual entre quienes no han sido entrenados desde pequeños en estas labores. Sin embargo, este primer encuentro con el hacha terminó por excluirme de la comunidad de práctica de la que hasta entonces había formado parte en calidad de aprendiz.

Dada la inversión de atención en la labor por parte de quienes la llevaban a cabo, al comienzo no logré entablar diálogos o solicitar explicitaciones de las actividades relativas a las habilidades del hacha. Me había propuesto como estrategia metodológica inicial de la investigación ejercitar la participación observante, pero la carencia de las destrezas mínimas relativas al uso del hacha, así como de la herramienta misma, que es un artículo personalizado que se va modificando con el uso particular que cada hachero le va proporcionando, fueron deshaciendo aquella expectativa.

El rol de observador fue provocando tensiones en la situación. Primero, debido a que al pasar de una implicación de características más activas a otra más cercana a la observación me situaba por fuera de la comunidad de práctica a la que ahora simplemente “veía trabajar”, como recriminaba Alcides en tono burlesco. En segundo lugar, el

cambio en la implicación etnográfica impedía establecer distinciones entre un conjunto de movimientos que me parecían iguales y repetitivos, quizás mecánicos a simple vista, orientada por la concepción mecanicista de la corporalidad y el saber hacer que impera en la perspectiva denominada occidental.

En el transcurso de la segunda mañana dedicada a la construcción del corral, si bien acompañé a don Carlos y sus hijos al lugar, volví un tanto antes para entrevistar informalmente a doña Guillermina (esposa de don Carlos), a fin de poder profundizar sobre los quehaceres femeninos relativos a la crianza de ganado menor—porcinos y caprinos—, y abandonar momentáneamente la posición de quien “ve trabajar”. Al llegar a la cocina del rancho le transmití la frustración por no poder acompañar a los varones en su quehacer, dada la dificultad de usar el hacha, y también comenté lo sorprendente que me parecía la fuerza y precisión con que los muchachos manipulaban dicha herramienta. Ella miró extrañada, como si estuviera exagerando sobre un asunto normal. Es que, a los ojos de Guillermina, proveniente de familia de hacheros, el uso de sus hijos y esposo era más bien el de aficionados en relación a la “baquía” que habían poseído su padre o hermanos. Dijo entonces, restando importancia a mi comentario: “Ahh... Pablo es muy bueno *labrando*. El sabía trabajar haciendo “poste” para un hombre y tiene buena mano para eso... Rubén no quiso aprender, pero para *debastar*, puede” (casa de la familia Sánchez, abril de 2015).

El comentario pasajero de Guillermina abrió nuevos indicios para entender ese objeto que denominé provisoriamente “conocimientos prácticos”.¹² Entregó una clave

12 Entender las habilidades practico-perceptuales en términos de “conocimientos prácticos”, por oposición a saberes teóricos, reproduce la dicotomía teoría/práctica, así como la jerarquía entre ambos términos.

de análisis desde donde comenzar a interrogar en torno a las habilidades técnicas involucradas en dicha tarea: a saber, la distinción jerárquica entre “desbastar” y “labrar”. Al retornar a la actividad con don Carlos y sus hijos comencé a indagar siguiendo estas pistas. Para entender estas dos habilidades técnicas compararé su apropiación para la realización de “postes” de quebracho colorado y la producción de los troncos laterales para el chiquero. Recordemos que el corral en construcción se realiza con dos tipos de materiales: lo que vimos hasta ahora fue la elaboración de las columnas en base a “postes” de quebracho colorado que en nuestro relato se encuentran “ya hechos” en momentos previos a la construcción del corral ya que se utilizan “postes” malogrados que no pudieron comercializarse. La nueva tarea de colocar “postes” laterales, en cambio, involucra el uso del hacha para dar forma a troncos de quebracho blanco que oficiarán de límites laterales del chiquero.

Esa misma tarde, luego de concluida la siesta, volvimos a completar el trabajo y aproveché la oportunidad para interrogar a Rubén sobre la distinción. Antes de pasar a las distinciones entre ambas técnicas es necesario señalar que tanto las formas del desbaste como el labrado suponen una leve inclinación corporal hacia la derecha, en caso de ser diestro, y el agarre del hacha debe dejar el lado plano del hacha para adentro. Hacia afuera queda una pequeña curvatura (o “pancita”) en la hoja del hacha denominada “haba”.



Cuando interrogué a Rubén este me remitió a la producción de “postes”, donde primero describió y luego me mostró como se producía la primera de estas habilidades técnicas, el “desbaste” (Imágenes núm. 8 y núm. 9): el movimiento del hacha en este caso era denominado “reboleo”.

Consistía en tomar con la mano izquierda la parte inferior del mango y con la derecha la parte superior, más próxima a la cabeza. La mano derecha podía situarse desde la mitad del hacha hacia la cabeza, dependiendo de la fuerza que quiera imprimirse. Cuanto más alto se agarraba el mango, mayor impulso tomaba el hacha y menor precisión tenía, pude atisbar mientras observaba y practicaba este movimiento. En el reboleo, mientras la mano izquierda brindaba la “dirección”, la segunda daba la “fuerza”, explicó mientras daba forma a la punta de los troncos. Otra distinción interesante entre ambas técnicas es que entre quienes trabajan de “hacheros” profesionales se suele preparar las hachas de distinto modo: la de desbaste tiene un mango diez centímetros más alto y el haba es más prominente, inversamente las de “labrado” suelen ser más cortas y casi carecen de haba.

Luego Rubén pasó a describir y mostrar detenidamente el proceso con un tronco en la práctica, en lo que sería la primera de múltiples demostraciones. Primero, señaló, “se lo pone al tronco panza arriba”, preparando el material para ser cortado: al no ser naturalmente rectos, los trozos de madera tienen una curvatura, y ésta debe colocarse dispuesta hacia arriba. Una vez dispuesto de la forma adecuada, “se lo marca al tronco en los costados que va a cortarse con un reboleo no tan fuerte”. A medida que avanzó mi trabajo de campo y pude utilizar el hacha, fui entendiendo que estas primeras marcas funcionan no solo como un indicador perceptual que guía al cuerpo hachero en su movimiento diestro para dar trayectoria a el hacha, sino también una ranura que imprime direccionalidad a los golpes subsiguientes ejerciendo resistencia sobre la hoja del hacha y controlando su direccionalidad una vez que esta incide en la madera. El “haba” más prominente de este instrumento tiene como función abrir una ranura más ancha a donde calce más fácilmente el siguiente hachazo. Y cada

nuevo golpe abre un camino para el siguiente golpe y corrige al anterior de los excesos inevitables de un instrumento de trabajo tan pesado, sin el cual no sería posible, a su vez, trabajar maderas tan duras como la de los quebrachos. En este sentido, como señala Ingold (2000), lejos de ser un movimiento mecánico, el uso del hacha supone el monitoreo constante de los excesos y o faltas, y la corrección a través de hachazos subsiguientes.

Con posterioridad a esta explicación por parte de Rubén pude asistir a varias situaciones de producción de “postes”, y así pude observar que el desbaste sirve para quitar la corteza y una capa de madera blanda (color blanca) que se encuentra envolviendo la madera dura del tronco (color rojiza), el núcleo del quebracho colorado que suele denominarse “corazón”. Sólo el “corazón” del quebracho colorado es útil para la construcción de “postes” debido a su durabilidad bajo tierra. Sin embargo, el corazón puede ser trabajado de distintos modos, y entonces la corteza debe quitarse en relación a la forma que piensa dársele. Si es cilíndrica, como en el caso de los “postes”, o cuadrada como las varillas¹³ y los durmientes,¹⁴ el desbaste debe perfilar cortes distintos. Si bien la motosierra ha reemplazado al desbaste a hacha para los cortes cuadrados, no es así para los cilíndricos que necesitan un trabajo artesanal más delicado y en ese caso Rubén y Pablo trabajan íntegramente con hacha. En este sentido, la maestría hachera implica apropiaciones de habilidades técnicas idénticas para perfilar distintas formas posibles.

Durante la construcción del chiquero, el uso del hacha en tareas de desbaste se utilizaba para trabajar troncos de quebracho blanco que se diferencian del quebracho colorado porque se trata de una madera mucho más blanda y

13 Palo delgado de forma cuadrangular.

14 Palo grueso y cuadrangular, utilizado en la construcción de las vías de ferrocarril.

fácil de trabajar. La técnica de desbaste, en este otro caso, consistía en quitar la corteza del quebracho blanco y perfilar una forma cuadrada —a diferencia de la forma cilíndrica del “poste”— en ambas puntas de cada tronco (no ya al tronco entero) para luego poder yuxtaponerlas una encima de otra, como dos superficies planas apiladas, a través de los huecos que median entre los “postes” de las columnas de quebracho colorado, a fin de evitar el desplazamiento que ocurriría si fueran cilíndricas como en el caso de los “postes”. Cada uno de estos tramos fueron desbastados de distinto modo en cuanto a su forma, pero ambas acciones se realizaron siguiendo dos pasos: primero, un “reboleo corto” en el que su mano derecha se situaba a mitad del mango para marcar el corte, y luego un “reboleo largo” para terminar de quitar las partes marcadas con golpes fuertes y certeros. Ambas fases forman parte del sentido práctico (Bourdieu, 2007) en los ciclos de desarrollo de la práctica hachera, de manera que invariablemente se reiteran en su secuencia y forma de ejecución.

Con el desbaste se quitan las primeras capas de madera de los troncos y también se va perfilando la forma cuadrada o cilíndrica, pero luego es necesario trabajarlo con el hacha para que quede completamente simétrico, y es a esta habilidad técnica a la que se la llama “labrado”. Según Rubén me explicó, consiste en un trabajo más “delicado”, coincidiendo así con su madre que me había señalado que el labrado era una destreza calificada. Mientras resulta más fácil que alguien aprenda el desbaste por ser una labor más simple, el labrado implica cierta habilidad especial que distingue a los locales como un “hachero” completo: “hay que tener pulso”, me señaló Rubén.



Mientras mi interlocutor me mostraba el “labrado” (Imagen núm. 10) pude observar que la posición del cuerpo con respecto al tronco era bastante distinta al desbaste, dado que el tronco se colocaba por debajo de ambas piernas en posición inclinada: es decir, apoyaba una de sus puntas en el suelo mientras la otra se encontraba suspendida en algún otro tronco. Quien labra se inclina sobre el tronco y toma el hacha de labrar —recordemos que es más corta, afilada y con un haba diminuta— con las dos manos en la mitad superior del mango, de modo que el impulso implica la fuerza conjunta de los brazos y los hombros. Esta habilidad técnica permite ejercitar la suficiente fuerza y precisión como para extraer “fetas” o finas láminas de la madera hasta encontrar la forma buscada. Por ejemplo, un “poste” de quebracho colorado que cumple con los cánones de comercialización, si uno lo observa detenidamente, posee entre doce o trece “cantos” o caras en la superficie que a primera vista parece plenamente cilíndrica.

A diferencia de los “postes”, en la preparación de un tronco de quebracho blanco que sirve como lateral, la técnica de labrado fue apropiada ya no para dar forma cilíndrica sino más bien cuadrada.

Una vez que se terminó de dar forma a los troncos de los laterales, estos fueron ensamblados. Para reasegurar la estructura de modo duradero, las columnas y los palos laterales, una vez colocados, fueron asegurados con alambre ajustado por medio de una pinza.

Conclusión: recogiendo nuestros pasos

A lo largo de mi trabajo de campo pude observar que el hacha se utiliza para todas las tareas que implican mediaciones con los elementos no humanos que conforman el manto vegetal del monte. Está presente en tareas cotidianas como recoger leña para cocinar, generalmente realizada por los niños de la familia. Recogiendo leña, primero con adultos y luego de modo independiente, usando el hacha del mismo modo que lo hacen los adultos, los niños adquieren las habilidades práctico-perceptuales del desbaste y el labrado por procesos de mimesis (Bourdieu, 2007). Dichas habilidades de uso se encuentran también en prácticas de desmalezamiento del monte, por ejemplo. En distintas ocasiones que pude seguir a la familia en el desmalezamiento de un terreno para la construcción de un alambrado, pude atisbar que tanto don Carlos, Raúl, Pablo y Alcides comenzaban a desmalezar utilizando la técnica de desbaste, pero cuando los movimientos de reboleo los cansaban pasaban la técnica usada para el labrado de “postes” como un modo de descansar algunos músculos sin cesar la actividad. Este intercambio entre una forma y otra es común en estas y otras actividades.

He tomado la producción de “postes” como punto de partida comparativo para iluminar el uso del hacha en otros campos situacionales, debido a que de la práctica de producción de estos insumos resulta el modo en el cual, según mi conjetura, se ha expandido el uso de diferentes tipos de hacha y las habilidades posibles que van acompañando las formas en que dicha herramienta es manipulada. En este sentido, si se han desarrollado herramientas y habilidades en un contexto histórico, una vez desaparecidos los obrajes, las disposiciones corporales y el *habitus* hachero no cesan de propagarse mediante el trabajo asalariado a pequeña escala o, más puntualmente, la producción familiar campesina.

Una cuestión que me pareció importante es como ambos patrones de movimiento diestro, el desbaste y el labrado, son apropiados en distintos contextos y para dar formas diferentes al material vegetal en distintas actividades: producción de carbón, “postes”, cercos, corrales y potreros. Estas “baquías” hacheras, desarrolladas en el contexto de la producción obrajera, crean el ambiente, el paisaje en el cual transcurre la vida de humanos y no humanos, donde se tejen las relaciones con animales tanto domésticos como montaraces, así como con especies vegetales que tienen centralidad en la construcción de estas identidades, como es el caso del quebracho.

Bibliografía

- Bilbao, S. (1964). Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* núm.5, pp. 143-206. Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Coy, M. (1989). Introduction, in M. Coy, *Apprenticeship*. New York, State University of New York Press.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment*. London, Routledge.
- (2011). *Being Alive*. London, Routledge.
- Lave, J.; Wenger, E. (2007). *Situated Learning: Legitimate peripheral participation*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Padawer, A. (2013a). El conocimiento práctico en poblaciones rurales del sudoeste misionero: habilidades y explicaciones. *Astrolabio-Nueva Época*, pp. 156-187. Córdoba.
- (2013b). Mis hijos caen cualquier día en la chacra y no van a pasar hambre porque ellos saben. Oportunidades formativas y trabajo predial de jóvenes rurales, Santiago del Estero, *Trabajo y Sociedad*, vol. núm. 22, pp. 87-101.
- Wegner, E. (1998). *Communities of practice: Learning, meaning and identify*. Cambridge, Cambridge University Press.